

Libros

18

Un cuentista redomado

JUAN I. GARCÍA GARZÓN

Leer a Enrique Jardiel Poncela (1901-1952) es un acto de voluntad que siempre alegra el día. Y más si se trata de textos olvidados e inencontrables que se revisitan así con las galas excitantes de lo desconocido. Los treinta y un relatos reunidos en *El hombre que iba a casa del dentista y otros cuentos inéditos* pertenecen al amazónico caudal de los escritos que el gran comediógrafo prodigó en publicaciones como *La Nueva Humanidad*, *Blanco y negro*, *Gutiérrez y Buen Humor*, entre otras, y que, tal vez porque los considerara poco menos que insignificantes y alimenticios ejercicios de juventud, no incluyó en sus recopilaciones *El libro del convaleciente* y *Ligero de equipaje*, ni en sus *Obras completas* ni tampoco aparecen en selecciones posteriores a su muerte como *¿Por qué no se suicida usted? o Textos huérfanos*.

Editados al cuidado de su nieto Enrique Gallud Jardiel, estos relatos breves hacen cosquillas en la nariz, como las burbujas traviesas del champán, y son idóneos para dibujar la sonrisa en el rostro del lector. Un veinteañero Jardiel los escribió en la década comprimida entre 1920 y 1930, empapado de una frescura y desinhibición que traía el aroma de las vanguardias que por aquellos entonces jugaban a reinventarse todo.

Descacharrantes píldoras de ese revoltoso y destellante estilo que buscaba el revés absurdo de lo lógico y reconocen los amantes de su teatro, estos cuentos son de la mejor estirpe jardieleca. Si es estupefando y negrísimo el que da título al volumen, dos de mis preferidos son «El director del 'Manzanares Herald'», perfil de un laberíntico periódico en el que resulta imposible cobrar nada, y «Un falso knock-out», impagable crónica del combate boxístico entre el hercúleo Zacarías Hyders, «El león americano», y Jack Slottis, «El tigre de la Guindalera».

El hombre que iba a casa del dentista Jardiel Poncela

Edición de E. Gallud Jardiel
Narrativa
Biblioteca Nueva, 2017
160 páginas
12,90 euros

Ajuste de letras

El arte de sintetizar

POR JAIME G. MORA

Para el autor chileno Óscar Contardo el peor pecado de un escritor es «aburrirse y aburrir»

Óscar Contardo (Curicó, Chile, 1974) no quería ser periodista. Al menos, no uno de esos que siguen la información política en los salones que pisan los pingüinos, ni un reportero policial. Tampoco quería trabajar los fines de semana ni cubrir desastres naturales. Criado en una provincia chilena, conoció desde niño los límites, que el esfuerzo no era suficiente para superar los obstáculos. Contardo se conformaba con tener un bar que se llamara Nancy Reagan o vivir donde no hubiera tardes de domingo.

«Te confieso que llegué a la redacción de cultura por descarte -dice Contardo.

Por descarte llegó al diario *El Mercurio*: «Aprendí a observar y comprender los mecanismos sigilosos del poder, los pequeños gestos que significan mucho. También tuve que acercarme a mundos (personas, creencias, costumbres) a los que jamás habría acudido de no ser porque era necesario hacerlo». Durante esos catorce años se forjó como reportero y crítico literario.

«Investigando y atando cabos disfruto casi tanto como escribiendo. Los perfiles largos y los libros son lo que más me satisface porque al prepararlos junto dos gustos en uno.

NO PUBLICÓ SU PRIMER LIBRO HASTA LOS 31 AÑOS, ya «mayorcito». *La era ochentera: Tevé, pop y under en el Chile de los ochenta*. Convertirse en un autor le dio otra categoría, le dio por fin seguridad en sí mismo, en un país donde se ninguna al periodista. «Ah, es que es periodista», suelen decir.

«Fui criado en una cultura que valora mucho el pudor, la parquedad. Jactarse sobre lo que uno es o no es me resulta incómodo y la palabra «autor» es enorme y pesada. Considerarme a mí mismo «autor» significó sobreponerme a mis propios límites, tomarme en se-



El periodista, escritor y crítico literario chileno Óscar Contardo

rio. Ha significado lograr estar en paz conmigo mismo y decir: bueno, esto es lo que hago.

A su primer libro le siguieron otros, igual de exitosos o más, en los que trata temas como el clasismo o la homosexualidad. Ese chico que no quería ser periodista se ha convertido también en uno de los columnistas imprescindibles de Chile. En *Fuera de lugar*, editado por la Universidad Diego Portales, hay una muestra de reportajes y perfiles largos, de esos que se enseñan en los talleres de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. También sus mejores columnas, afiladas anotaciones sobre la vida de un país al que le cuesta sacudirse las sombras de la era Pinochet.

«Chile es una isla remota en donde todos nos escudriñamos mutuamente para aprender a odiarnos con argumentos y eficacia. Prefiero describir ese ejercicio (cómo nos apañamos para pulir nuestros defectos) que mostrarme a mí mismo. Tal vez en algún momento ya me canse y salga de mi escondite.

Si Contardo sigue en ese escondite quizá sea porque le aterrorizan los grupos, «ese momento en el que se funden las identidades en un colectivo que sobrepasa a los individuos». Le recuerdo que en una entrevista dijo: «Me gustan las personas, pero no la gente».

«Es una frase un poco tramposa -responde-. Me siento más cómodo conociendo a personas que reuniéndome

con gente. Escribo para un lector silencioso y atento, no para las masas.

NO HAY EN LA ESCRITURA DE CONTARDO RECURSOS efectistas, trucos fáciles para gustar al lector. Su escritura es comedida y aguda. «Se enamoró, pero nadie le recuerda una novia», señala en un perfil sobre Rodrigo Lira.

«Antes era más barroco, he ido podando los cachirulos de mi escritura. Tampoco es que antes fuera muy exuberante. Lo barroco que alguna vez tuve tenía más que ver con la influencia que provocaron Manuel Puig y Almodóvar en mi adolescencia. Nací en un lugar donde no hay lugar para los excesos estéticos, encima en dictadura.

«DOY MUCHA IMPORTANCIA A LAS ENTRADILLAS. MARCAN UN RITMO Y LE DAN EL PRIMER COLOR A LO QUE VIENE»

des cumplieron 40 tuve una angustia atroz porque pensaba que moriría en cualquier momento. Supongo que era una especie de fecha de vencimiento que se quedó conmigo y luego se esfumó. Ahora que lo pienso, se la llevaron mis amigos muertos el año en que cumplí 40. En adelante todo lo que he hecho ha sido a la memoria de ellos, mi futuro consiste en mantener con vida mis recuerdos.

Sospecho que tengo cierto talento para sintetizar ideas, concentrarlas, lo que no significa mucho, pero supongo que hay momentos en que sirve de algo. Ese talento para sintetizar ideas también se aprecia en los arranques de sus artículos. Arranques como este: «Las tragedias siempre están al acecho, y cuando una surge nunca será la única». Si en la entrada no le hacemos un guiño al lector, leo en el viejo manual de estilo de *El Sol*, lo habremos perdido hasta el día siguiente o, lo que es peor, para siempre.

«Doy muchísima importan-

cia a las entradillas. Supongo que es una herencia del periodismo. Marcan un ritmo y le dan el primer color a lo que viene. Me gusta que sean muy visuales, como un plano general fugaz, un estallido que apele a un recuerdo del lector, que lo tiente para seguir leyendo.

Para el autor chileno, el peor pecado de un escritor es «aburrirse y aburrir».

CUANDO ERA NIÑO, cuando no quería ser periodista, Contardo pensaba que en 2000 tendría 26 años y sería un viejo: «Más allá de esa fecha no había nada. Ese era el momento en que empezaría a tener más pasado que futuro. Pero llegó el año 2000 y tuve 26. Y luego

llegó el año en que cumplí 40».

«¿Y ahora qué?»

«Estar vivo después de los 40 ha sido lo más inesperado que me ha pasado. Cuando era niño y mis pa-

mentos en que sirve de algo. Ese talento para sintetizar ideas también se aprecia en los arranques de sus artículos. Arranques como este: «Las tragedias siempre están al acecho, y cuando una surge nunca será la única». Si en la entrada no le hacemos un guiño al lector, leo en el viejo manual de estilo de *El Sol*, lo habremos perdido hasta el día siguiente o, lo que es peor, para siempre.

«Doy muchísima importan-